

CONTESTACIÓN
DE
DON JOSE GIL FORTOUL

Señor Ministro de Instrucción Pública
Señor Director de la Academia Nacional de la Historia
Señores Académicos
Señores y Señoras:

De todos los dioses –que prefieren vivir en la penumbra del misterio, porque al sol de mediodía apenas serían dioses- el que más ha siempre atraído mi curiosidad e inquietudes es el viejo Fatum, a quien nosotros los del vulgo llamamos azar y buena o mala suerte, dios sutil que divierte su penumbrosa soledad sembrando de pasos inesperados el paso de las miopes humanas criaturas. Pero dios amable y risueño en ocasiones. Para ésta de hoy me reservaba la hora feliz en que vengo, después de larga ausencia, a dirigir aquí palabras de bienvenida a un gran escritor de mi patria y de mi tiempo.

Por otro azar, no sólo fui testigo de sus comienzos en la vida literaria y uno de los primeros en señalar su privilegiado talento (alguna vez había yo de ser profeta): le vi también iniciarse en la vida política, y compartimos luego tareas de Gobierno con un jefe nacional a quien acerté yo entonces en calificar de “hombre fuerte y bueno”; tareas en las cuales se distinguió igualmente nuestro nuevo colega con su alta personalidad intelectual. Porque a pesar de críticos malévolos, lo político y lo intelectual pueden ser sinónimos.

Venía usted, ilustre compañero, venía usted de las letras, con un haz de libros refulgentes y sonoros: yo venía de la diplomacia, región menos florida, y -ya, en el espacio y en el espíritu, diletante cosmopolita- con algunos volúmenes de ciencia conjetural y de problemática historia. En nuestro nuevo campo de acción cometimos ambos uno que otro error de neófitos, y si mi memoria es fidedigna, acertamos muchas veces: balance favorable.

No creáis, Señoras y Señores, que aquí está hablando un diplomático de la vieja escuela, acostumbrado a tortuosos enredos de cancillería o a ingeniosas cortesanas de antiguo régimen. No. La diplomacia también se ha transformado y adquirido mayor habilidad practicándose a cara descubierta, a cartas descubiertas, sin sombrero pumpá ni levita solemne, y hasta, como nuestros amigos de América septentrional, en mangas de camisa, cuando hace calor. Creedme: sinceridad, buena fe, habla rotunda sin equívocos, eran ya entonces y siguen siendo armas e instrumentos más eficaces que los antiguos, en la vida diplomática y política. En una y otra suelen cometerse errores, porque desgraciadamente todos los hombres públicos caminamos en la incertidumbre, entre el día y la noche, subiendo cuestas con vista a la cumbre o rodando a monótonas llanuras, entre el éxito posible y la equivocación posible. Y es peor cosa, que a cada paso se tropieza uno con adversarios que por sistema o interés ven siempre en todo desacierto un pecado. Afortunadamente, si la culpa no es mortal, bórrase a menudo ante la misericordia de las almas buenas, ante el olvido de las memorias indulgentes, o bajo el perdón de los demás colegas en pecado. Hasta las austeras religiones saben tender manto piadoso y aun a veces transfigurar con beatificación inmarcesible a los que sin malicia cayeron en pecado; ¡cuántos grandes pecadores —oh gran Fabio, oh genial Agustín— se tornaron para siempre santos de altar, y —oh poesía de la historia- la cabellera perfumada de la Magdalena perfuma todavía al través de los siglos los pies de Jesucristo!

Viene usted a los trabajos de la Academia de la Historia bien preparado por su labor literaria. En trabajos históricos y en labor de letras requiérense condiciones semejantes: entre otras, observación, documentación, estilo. Especializado usted en la novela, sobre todo en sus mocedades, aguzó el sentido de observación, como precisamente lo necesita el historiador, por donde éste y el novelista resultan empleando el mismo método científico. Al propio tiempo, la observación se completa y confirma con la documentación, sea de papeles escritos o de palabras orales, sea de paisajes, fisonomías o máscaras,

miradas, ambientes; es decir, la vida y su medio en su infinita variedad de aspectos y matices. Todo ello, sin embargo, fuera insuficiente sin la suprema condición: el estilo. El simple observador se quedaría siendo mero fotógrafo, o para exceptuar la fotografía artística, una máquina sin alma: la sola documentación no formaría sino recopiladores y cronistas, obreros indispensables y beneméritos, pero a semejanza de los anónimos obreros encargados de acarrear materiales para EL Partenón y para la estatua de Minerva. El estilo, en su acepción más comprensiva, es la única condición creadora, así en la novela, así en el drama, así en el poema, como en la historia; y cuando aparece al fin la obra perdurable, sus personajes – de novela o de historia- viven con vida aún más intensa que las personas de la aparente realidad; y por milagro del arte, su vida no es efímero instante entre la cuna y el sepulcro; es existencia inmortal fuera del tiempo y del espacio, la existencia sin principio ni fin de Aquiles y de Edipo, de Don Quijote y de don Juan, de Hamlet y de Fausto, que andan para siempre codeándose y conversando con el “Penseroso” de Miguel Ángel y el “Penseur” de Rodín, con el Pericles de Tucídides, el Sócrates de Platón, el Jesús de Renán.

Bienvenido el artista, el maestro de estilo que así como supo crear en las letras tipos dignos de su proteico talento, continuará creando aquí personajes de historia. Este campo de estudio es inagotablemente fecundo, porque la historia no se acaba nunca de escribir. Es ella, como la vida universal, creación perpetua, y al propio tiempo, perpetua actualidad. Ni el pasado es completamente pretérito, porque los muertos (fea y engañosa palabra) continúan peleando en nuestro combate, amando u odiando en nuestro corazón, soñando y creando en nuestro espíritu; ni el presente es sólo el día que pasa, porque van en él consustancialmente unidos lo que fue, lo que parece ser, lo que será: el recuerdo con su crepúsculo de tarde melancólica, el instante de ahora con su anhelante impaciencia, lo que viene con su sonrisa de otra aurora. No fuera existencia digna de vivirse la existencia nuestra, si no fuese más que el momento presente —entre los términos del tiempo y del espacio—, en vez de ser nota inextinguible en la sinfonía universal y ritmo permanente en sus transformaciones infinitas.

Esta hora de hoy nos está diciendo que no han muerto nuestros héroes, nuestros padres, los fundadores de la patria, menos aún el resumen y cumbre de todos ellos, el Libertador. Basta pronunciar sus nombres para reverles aquí viviendo entre nosotros, arrojándonos con su gloria y compartiendo nuestras esperanzas.

Le aplaudo a nuestro colega el no haberse limitado en su discurso a reseñar campañas ni a describir batallas. Ciertamente que fueron obras de arte, las unas, fulgurantes relámpagos las otras; pero cierto también que no está exclusivamente en ellas, ni por su parte esencial, el alma, ni el pasado ni el presente ni el porvenir de la nueva América. Prevista fue y preparada por el genio comprensivo del Libertador, genio que se reflejó en Ayacucho en la estrategia del más joven y más grande de sus tenientes, alma pura de guerrero sin par, a tal punto amado del destino, que desaparece en verde primavera para no tener tiempo de manchar su espada en mísera contienda de ambiciones efímeras.

Releed en estos días el manifiesto de Cartagena, la carta de Jamaica, el discurso y constitución de Angostura, la constitución de Bolivia, el programa del congreso de Panamá (dejando para alguna hora crepuscular de contrición cristiana los decretos del año 28), releed también el comentario inmortal que nos legó con sus cartas, y veréis cómo fue engendrada y nació nuestra América, la de hoy y de mañana, la que se apresta a cumplir su alto destino restableciendo el equilibrio moral, económico y político del mundo moderno.

La América del Libertador y del Mariscal de Ayacucho acaba de nacer, porque contar por siglos no vale más que contar por segundos, porque en historia de pueblos no se mide el tiempo por revoluciones del planeta, mídese por las revoluciones del espíritu. El Libertador fue una revolución creadora que se está realizando todavía. Seamos todos buenos ciudadanos de su patria y buenos hijos de su América.